

LO PRIVADO PUBLICO: ALTRUISMO Y POLITEYA DEMOCRATICA

Por SALVADOR GINER

SUMARIO

I. LA IMPERFECCIÓN DEMOCRÁTICA.—II. EL RETORNO DE LA FRATERNIDAD.—III. EL ALTRUISMO SOCIETARIO.—IV. SERVIDUMBRES DEL ALTRUISMO CÍVICO.—V. A MODO DE CONCLUSIÓN.—BIBLIOGRAFÍA.

I. LA IMPERFECCION DEMOCRATICA

La democracia solía apoyarse en una concepción prescriptiva de su moral pública. Algo de ese afán ha quedado, pues la teoría democrática es amiga de la democracia, hasta cuando se recubre del manto analítico y parece abstenerse de recomendar sus bondades. En cuanto escarbamos descubrimos que es, por lo menos, criptonormativa. Ello es así aunque el estudio de la democracia se limite a una constatación de carencias y a una denuncia de servidumbres. Algunos, naturalmente, siguen dedicando esfuerzos a elaborar una crítica de la democracia que incluya siempre una abierta filosofía normativa de la politeya democrática deseable y factible y hasta soñable e imaginable (1). Mas ello no invalida el hecho bruto de que la tendencia hegemónica dentro de la teoría política contemporánea sea la de elaborar una defensa tan indirecta de la democracia que es incapaz de salirse de una constatación e inventario de sus vicios. En todo caso la asepsia analítica continúa presentándose con frecuencia como garantía de cientificidad, con el consiguiente descrédito implícito de la teoría democrática normativa.

La independización del análisis de la política de una teoría moral o, simplemente, filodemocrática, ha tenido como resultado la concentración de la atención sobre las carencias y vicios de la democracia. Por otra parte, el flanco vulnerable de la politeya democrática ha permitido a los teóricos antidemócratas justificar la tiranía, en

(1) Por ejemplo, E. Díaz (1984 y 1990) y C. Donolo (1992).

algunos casos con las armas asaz refinadas de una lógica académicamente respetable. Esperemos que ello haya quedado ya como un episodio, que se antoja irrepetible, por lo repugnante, del pensamiento político moderno (2). Pero es inquietante que unos y otros, analíticos asépticos por un lado y enemigos de la democracia por otro, se ciñan sólo a lo mismo.

Los dilemas, aporías, fallos, degradaciones e inconvenientes de la democracia han sido escudriñados con tanta diligencia e ingenio por los amigos de la menos insoportable de las politeyas como por sus enemigos. Gracias a tirios y troyanos poseemos hoy un estupendo inventario de males democráticos. Estos pueden agruparse convenientemente en cinco grandes haces de argumentos. A saber: a) la imposibilidad del *homo democraticus*, b) la lógica oligárquica, c) el puño de la historia, d) la miseria de los intereses partidistas y e) la política mediática.

No voy a entrar aquí en pormenores. El argumento sobre la imposibilidad del *homo democraticus* no convence a los optimistas, pero sí lo hace a quienes contemplan la naturaleza humana con una cierta melancolía y escepticismo, para no mentar a los pesimistas antropológicos, para los cuales se trata de una razón de decisivo peso en su evaluación negativa de la democracia. Pero hasta para quienes cualquier argumento de esta índole es poco convincente, en estos tiempos que corren, en los que la noción de naturaleza humana ha sufrido tan espectacular descrédito, los otros cuatro parecen irrefutables. En efecto, ¿qué decir de las leyes, férreas o bronceas, pero siempre metálicas, de la formación oligárquica? Y ¿quién osaría refutar el peso de los condicionamientos históricos, culturales, económicos o de cualquier otra suerte en producir sólo el grado de democracia posible en cada país y momento? ¿No vive cada sociedad en el puño de su propio pasado? Esta es la razón —suponiendo que sea una buena razón— por la cual muchos creen equivocado recetar fórmulas democráticas a los pueblos «que no estén preparados» para tan noble y alto orden político. Por si esto fuera poco, sabemos ya que por obra y desgracia de muchos intereses egoístas la democracia legitima facciones e intenciones enemigas del interés común. Es ésta una de sus mayores contradicciones: es un régimen político para el bien de todos que garantiza en cambio el bien de cada facción, el cual a su vez va, frecuentemente, en detrimento del común.

Tan malo es el resultado que a lo sumo puede hablarse de poliarquía democrática, o de la poliarquía, a secas, pero ya no de democracia. La poliarquía muestra algo más que una profunda afinidad con la estructura corporativa de las sociedades modernas. Es su expresión política. En ella no hay interés común, sino intereses (organizados o no) sectoriales. Cada uno va a la suya. La democracia es una paradoja: creada para lo universal, fomenta la facción, el egoísmo y el interés sectorial. A lo

(2) Aunque la tradición académica contemporánea antidemocrática empiece con C. Schmitt, en 1927 —Cf. C. Schmitt (1963)—, ello no significa que su texto, u otros semejantes, no hayan estimulado teorías de otro signo. Así, G. F. Poggi (1978).

sumo permite la componenda (3). Finalmente, la democracia, que debería ser una sabia mezcla de participación y de representación, bascula del todo hacia la última. La clase política (que se elige a sí misma primero para que la votemos después, tras entrar en la liza mediática) afirma que nos representa, pero no nos permite participar. No sería prudente. Aquí no hay más franquicia que la electoral. Gracias a la invasión mediática, además, los ocupantes habituales del poder político se las componen para incrementar nuestra pseudoparticipación e intensificar su potencia de representación. Representación, esta vez, en su acepción teatral: el teatro político escamotea por definición la participación ciudadana. La representación política que mediaba antes entre el ciudadano y el poder o la autoridad queda ahora mediatizada por los medios —la televisión, la prensa y la radio— que desvirtúan la politeya. No hay redundancias: los medios (de información, tergiversación y desinformación) no median. Los medios mediatizan.

II. EL RETORNO DE LA FRATERNIDAD

El cúmulo de pruebas y argumentos sobre estos males endémicos de la democracia, desde los más antiguos hasta el recién llegado, el de la política mediática, complica sobremanera las tareas de la teoría democrática normativa, es decir, de la que va inextricablemente unida a la filosofía moral. Además de la politización de los medios —con su manufactura artificial del carisma político (4)— hay que tener en cuenta ahora los de la burocracia, la tecnocracia, la sobrecarga estatal o gubernamental, los de gobernabilidad (5), y varios más, entre los que algunos menos tradicionalistas que yo añadirían sin duda los del supuesto relativismo valorativo en que, dicen, estamos sumidos.

El problema es que hoy no es posible escoger con sosiego ningún modelo alternativo, entre los conocidos, al de la democracia liberal. (La democracia liberal, se entiende, como marco político, dentro del que caben soluciones de varia índole, desde la liberal capitalista hasta la socialista, pasando por las fórmulas reales intermedias, las mescolanzas fácticas en las que de veras nos movemos, y cuyos ingredientes contienen un grado de corporatismo, otro de socialdemocracia, otro de privilegio clasista arcaizante, y así sucesivamente). Las realidades políticas no son nunca nítidas. Y es mejor así, pues la nitidez sería el totalitarismo de algunos hechos, en detrimento

(3) Elías Díaz me hace una objeción verbal a esta observación afirmando que tales componendas (a las que hay que añadir, según él, el chalaneo político) son connaturales a la política en general de cualquier época y no sólo a la de la democracia moderna. Mi argumento es que si bien el chalaneo posee una venerable historia, la «componenda corporatista» es estructuralmente específica de las poliarquías contemporáneas, donde el Poder es crucial para su orden característico [Poder = $\Sigma 0$].

(4) S. Giner y M. Pérez Yruela (1989).

(5) X. Arbós y S. Giner (1993).

de todos los demás. Ya tenemos bastante con el de los ideólogos y los tiranos, sean éstos partidos políticos o amos del poder. Lo cual no significa que todos los órdenes borrosos sean igualmente buenos: los hay menos malos, y de uno de ellos estoy aquí hablando.

Dadas las circunstancias, cualquier alternativa conocida al marco liberal democrático podría ser peor. Este al menos permite el imperio (imperfecto) de la ley y la autonomía (precaria) de la sociedad civil. Piénsese en el populismo, la tiranía, el llamado por algunos insensatos «centralismo democrático», u otras fórmulas políticas que igualmente violentan el lenguaje al tiempo que amargan la vida de sus súbditos. (¿«Centralismo» y «democrático»?). Decir esto no es más que pedir exquisita cautela en nuestra faena de pensar la politeya, que no es otra que la de reflexionar sobre la vida buena pública de la gente, y hacer algunas propuestas humildes (es decir, factibles) para que florezca mejor, sin negar por ello la necesidad de que imaginemos, con todo el posible rigor contrafáctico, politeyas alternativas (6). Los riesgos de un rechazo puro y simple del credo liberal y pluralista en nombre de los peligrosos conceptos en boga de la «autenticidad» y lo «genuino» o «natural» son aún mayores que los de tenernos que apañárnoslas con lo que tenemos.

Lo que tenemos es sórdido y necesita enmienda, qué duda cabe. Los más conservadores desearían dejarlo así, poniendo a lo mejor algunos parches, para reducir la corrupción política, por ejemplo. (Se han fortalecido en sus convicciones de que éste es el menos malo de los mundos democráticos posibles merced a la caída estrepitosa del pseudosocialismo stalinista y el auge cíclico de la ortodoxia capitalista y el antiestatismo liberal, episodios, ambos, que creen que les dan la razón). Si tuviéramos que aceptar, junto a los conservadores, nuestra desanimada democracia tal cual, mínimo sería sin duda nuestro minimalismo moral. Hasta insignificante sería. A lo sumo tendríamos que conformarnos, como muchos hacen ya, con limpiezas periódicas e incompletas de delincuentes políticos, puestas en marcha por escándalos en la prensa o por magistrados pundonorosos, como complemento de las elecciones prescritas por la ley y la existencia de una vigorosa y saludable oposición al gobierno, tan legítima como él.

Hay buenas razones para pensar que esta situación, de la que gozamos a despecho de sus flaquezas, no debería considerarse tan mala como la juzgan algunos demócratas exigentes. Es insuficiente, pero no es tan mala porque hay señales inequívocas de que la cosa pública, a pesar de todo, puede mejorar. Tal vez lo que deban

(6) Hay formas de democracia radicalmente alternativas que no han sido aún probadas y que nada, más que la zafiedad, haría que fueran descartadas del discurso político. Algunas de ellas tal vez sean compatibles en alguna medida con mi propuesta en este mismo papel. Cf. J. Bumheim (1985) y B. Goodwin (1992), sobre rotación política y elección a cargos por lotería. Por otra parte, un sector del pensamiento conservador —los discípulos de Oakeshott— han insistido en la noción de que el liberalismo está en bancarrota completa, y han propuesto la idea de una politeya «postliberal» que contenga no obstante algunos de sus rasgos: principalmente el de la heredada sociedad civil. Cf. J. Gray (1993).

hacer los demócratas insatisfechos para detectarlas sea buscarlas más allá de las instituciones políticas convencionales. Hallarán así nuevas herramientas que añadir a las de las de esas instituciones democráticas tradicionales. Esos enseres podrían mejorar sustancialmente la condición de la politeya. Lo que entiendo aquí por un lugar «más allá» se refiere a ciertas facetas nuevas de la sociedad civil y a su relación con la cosa pública, a las que acto seguido prestaré atención.

Los desvelos de los demócratas deberían concentrarse hoy en aquellos aspectos de nuestra vida social que, lejos de haber sucumbido a las corrientes demoledoras de toda vida políticamente civilizada —como la de la supuestamente absoluta e inmisericorde «masificación» del mundo moderno (7)— han permitido o hasta fomentado el desarrollo de muchos movimientos sociales, instituciones políticas y asociaciones voluntarias cuya característica principal ha sido, precisamente, la de soslayar varios de los efectos perversos de la politeya democrática hipermoderna. Lo han hecho, a menudo, con notable éxito. Sólo por ello tales esfuerzos merecen seria consideración por parte de los teóricos de la democracia. No sólo son responsables en gran parte de la reestructuración actual de una sociedad civil que empezaba a dar señas de no poder cumplir con los fines que se le habían atribuido tradicionalmente, sino también de la recuperación entre nosotros de una manifestación arraigada y hasta próspera del altruismo y de la solidaridad, y sobre todo de esta última en el sentido más práctico, de solicitud ejercida sobre nuestros prójimos.

Estas dos virtudes cívicas —la solidaridad y la solicitud— son la expresión secular de la fraternidad. A su vez tiene ésta, como es obvio, afinidades y hasta raíces notables en la caridad, la filantropía, la beneficencia y otras inclinaciones o actividades, que han encontrado en cada momento histórico su particular expresión (8). No obstante, la fraternidad, incómoda junto a sus dos compañeras de tría, la libertad y la igualdad, había venido a caer hasta ahora en el más conveniente olvido (9). A lo sumo habíase relegado a una mera exigencia pública de que las autoridades se hicieran cargo de ella, como si pudiera delegarse una virtud. (Ello entrañaba un desplazamiento de la fraternidad hacia el aparato estatal, con el correspondiente descargo moral de las instituciones civiles. De ahí a vaciarlas de contenido solidario o fraterno distaba poco trecho). Su temporal destierro, sin embargo, podría haberse acabado. No se trata de anunciar que advenga ya el reino de la fraternidad —tamaño ingenuidad sería imperdonable en este tiempo de desdicha— sino más bien constatar que su presencia se hace ahora sentir en la vida política con redoblada intensidad (10). Lo abonan algunos hechos.

(7) S. Giner (1979).

(8) E. F. Paul, F. D. Miller, *et al.* (1987).

(9) A. Domènech (1993). Para la creciente literatura en filosofía moral sobre la solicitud y las diversas corrientes dentro de ella, J. Rubio Carracedo (1944).

(10) T. Nagel (1970) para los comienzos de la reconsideración actual de la noción de altruismo.

El resto de este ensayo va a invocar la fraternidad y la solidaridad con frecuencia, y a mentar directamente el altruismo. Para evitar cualquier equívoco, quede claro que nunca se asume en él que estas virtudes sean siempre connaturales a las gentes, en general e indiscriminadamente, aunque puedan serlo a bastantes miembros de la ciudadanía. Además, no es éste el lugar para explorar las condiciones culturales, políticas y económicas que las hacen florecer. Así pues, con una cierta amplitud de miras, necesaria para no irme por las ramas, me limitaré a constatar el hecho de que el altruismo, aunque no todo lo extendido de lo que sería de desear, no lleva hoy una vida precaria y marginal: el volumen —incomensurable a pesar de las abundantes estadísticas— de energías humanas y sociales vertidas en actividades solidarias o humanitarias es demasiado considerable para que pueda ignorarlo hasta el más cínico. Lo que me interesa aquí, en todo caso, no es ni medirlo ni especular en demasía sobre su significado moral en el seno de una sociedad como la moderna, mayormente regida por valores esencialmente insolidarios. Sólo quiero hacer hincapié en sus consecuencias prácticas para la democracia.

Para seguir evitando equívocos, no excluiré la posibilidad de que ciertas personas puedan practicar el altruismo por razones perversas o para perseguir fines egoístas. Importa sólo el hecho bruto de su abundante práctica social. Finalmente, tampoco importan aquí las causas de ese comportamiento. Algunas son conocidas, aunque no hayan sido siempre bien escudriñadas. Varias pueden nombrarse. Así, tal vez los nuevos movimientos sociales solidarios, las asociaciones cívicas y las instituciones altruistas privadas hayan surgido como reacción contra la ingerencia estatal o a la incompetencia de las administraciones. También habrá pesado en ello la inanidad de la política partidista y el anonimato y manipulaciones de las estructuras corporativas de hoy. Ello no contradice el hecho de que parte del nuevo asociacionismo cívico y solidario es fruto de políticas partidistas, de intereses corporativos y hasta de la propia administración pública, como tendré ocasión de subrayar más adelante. Hasta podría suceder que las energías que dedican individuos o grupos solidarios a cruzar el abismo entre ricos y pobres o el que separa al mundo sacio y dilapidador del infierno de su periferia terrestre respondan a un sutil cálculo racional o una mera conciencia desdichada o, más trivialmente, a una simple mala conciencia, de modo que el principio o imperativo moral contara para poco, o para nada. Quizá las actividades altruistas hayan crecido como expresión de tendencias históricas más hondas. Quizás aquellos elementos de la modernidad que habían empezado a parecer antañones como parte de su propio proyecto —la filantropía, la ayuda mútua: las expresiones mismas suenan a arcaico— y que siempre parecieron secundarias en el grandioso esquema del progreso resulta que eran, a pesar de todo, más cruciales para la vida moral de las gentes que lo que tanto los individualistas como los colectivistas creyeron que eran. No en vano tanto las concepciones de Smith como las de Marx sobre el propio interés, que se remontan a Hobbes, convertido ahora en egoísmo, dejan poco lugar para una noción más compleja, o compatible con la fraternidad, como es la de la

philautia aristotélica. El hecho de que Schopenhauer y, después, Nietzsche siguieran cultivando la nueva teoría del egoísmo —como afirmación ontológica de uno mismo— no mejoró las condiciones para que prosperara una interpretación alternativa del modo moderno de entender la naturaleza humana.

Lo terrible y decisivo ha sido que las dos corrientes verdaderamente triunfantes de la historia moderna, el individualismo y el colectivismo, se han tenido siempre, contra toda apariencia, el más profundo respeto mutuo. Y la razón profunda ha sido que compartían una misma noción del egoísmo como rasgo clave del hombre. A menudo han sido capaces de mezclarse en instituciones jerárquicas únicas y potentes, como lo son los partidos y las corporaciones, reforzándose entrambas. Consecuencia de tales infaustos esponsales ha sido que ni los individualistas ni los colectivistas hayan tenido mucho tiempo para prestar atención a las virtudes más humildes del autogobierno, la libre asociación entre ciudadanos, la solidaridad privada (11) y la confianza mutua. Empero, y como sabíamos desde el principio, resulta que estas últimas eran tan necesarias como las demás para que se realizara el programa aceptado por todos los racionalistas para el avance de la civilización, parte crucial del cual era la consolidación de la democracia como única constitución política acorde con las exigencias de la dignidad humana.

Pero volvamos a la plasmación social del altruismo cívico, sean cuales sean las causas de la reestructuración sufrida hoy por la sociedad civil —y todas las mentadas entran en juego— el hecho bruto es que en gran medida está ocurriendo a través de la proliferación de asociaciones voluntarias, surgidas con intenciones altruistas (12). Nuestra época podrá ser sanamente antirromántica. Sin embargo, sus representantes más escépticos encontrarán cada vez más difícil contemplar el número creciente de asociaciones civiles autónomas y benéficas y movimientos sociales reformistas con condescendencia de desengañados y descartarlos como supérfluos. De hecho, y aunque en bastantes lugares el asociacionismo altruista pueda ser una novedad, su parentesco con aquellas actividades privadas de asistencia, mecenazgo o fomento que eran, y continúan siendo, características de muchas sociedades civiles maduras así como de cualquier politeya pluralista y democrática (13), es muy íntimo. No hay solución histórica de continuidad entre ambos modos de altruismo, aunque sea fácil ver la esencial diferencia que separa al paternalismo burgués y a la filantropía de los pudientes antiguos de la solidaridad contemporánea ejercida por

(11) La solidaridad privada cayó en desgracia por su asociación con la beneficencia del Antiguo Régimen, de la que renegaron primero los liberales y los colectivistas después. Los unos porque se persuadieron de que el interés egoísta era un vicio tan necesario para el bien común como irrelevante para la virtud solidaria; los otros porque renegaron de cualquier altruismo que no estuviera directamente ejercido y controlado por el gobierno, el estado o, sobre todo, el partido.

(12) S. Giner (1995).

(13) B. Barber (1984) mostró la pertinencia política para la democracia de las asociaciones cívicas hasta cuando se ven a sí mismas como enteramente apolíticas.

aquellos cuyo patrimonio no es la riqueza, sino una capacidad adquirida —la enfermería, la medicina, la ingeniería, los conocimientos jurídicos, o simplemente la disponibilidad— combinada con un fuerte deseo de intervenir solidariamente.

El asociacionismo altruista de hoy es muy heterogéneo en su composición. Sus grupos pueden ser volátiles o sólidos, reducidos o extensos, nacionales o internacionales. Pueden dedicarse a la salvaguarda de la naturaleza, a la asistencia a los desvalidos locales, al socorro de víctimas de guerras o genocidios lejanos, a la protección de marginados y discriminados, a cubrir las necesidades educativas o sanitarias de una categoría específica de personas, a combatir la tortura o la pena de muerte, y así sucesivamente. La fuerza de cada asociación es limitada, aunque algunas sean muy poderosas e internacionalmente influyentes. Algunas de ellas son ingenuas en la formulación de sus objetivos y en la aplicación de sus energías. Otras son ineficaces o consumen en sí mismas más recursos que los que distribuyen. No obstante, ninguna democracia liberal madura de hoy puede explicarse en los términos más rigurosos exigidos por la ciencia política sin referencia a estas criaturas apartidistas, no gubernamentales y declaradamente apolíticas o metapolíticas. Se apoyan en criterios que difieren de los que presiden la vida de los arreglos institucionales heredados por nuestras avezadas democracias. Estas serían mucho más pobres sin ellas. Peor: la democracia misma se vería amenazada si estos cuerpos intermedios, basados no sólo en los intereses, sino también y sobre todo en la buena voluntad de incontables ciudadanos, dejaran de existir. No embellecen el cuerpo político democrático ni afirman ser parte de él. Tanto es así que, de forma reveladora, la mayoría se define por su negación de pertenencia estatal, como «organizaciones no gubernamentales». Ello es decir muy poco o casi nada, cuando no salirse por la tangente. Y para colmo, es a menudo inexacto, pues las fronteras entre el estado y el resto de la sociedad, o entre la sociedad política y la civil, son con frecuencia borrosas, y ello ocurre precisamente en el terreno de muchas asociaciones no gubernamentales, algunas de las cuales lo son a medias solamente. (Es un hecho al que quiero aludir más adelante). Parecen estar fuera del cuerpo político, sobre todo porque se definen —sin serlo— como entes apolíticos. Son sin embargo parte de su espinazo.

III. EL ALTRUISMO SOCIETARIO

Entiendo por «asociaciones voluntarias altruistas» aquellos agrupamientos que se encuentran parcial o completamente en la esfera privada (la sociedad civil) y uno de cuyos fines principales declarados es el de laborar en beneficio de los demás, o por el bien, o interés, común. Su conducta altruista puede definirse como societaria en el sentido de que proyecta sus efectos más allá de la comunidad de pertenencia sobre el resto de la sociedad, o sobre un componente de ese resto. Es por lo tanto un altruismo secularmente trascendente.

Aunque el componente altruista de estas asociaciones civiles (14) sea importante, mi definición no entraña idealización alguna respecto de ellas: constata tan sólo la presencia decisiva de un modo solidario de comportamiento en la orientación de ciertos grupos, movimientos o instituciones. Después de todo, la instrumentalización del altruismo organizado en las luchas por el poder y su uso como herramienta de control social es un hecho constante a lo largo de la historia (15).

Dos son los rasgos determinantes de esta suerte de altruismo: a) la proyección de actitudes de fraternidad, caridad o solidaridad sobre terceros, es decir, sobre seres humanos que no pertenecen a la comunidad directa o primaria de las personas, como puedan serlo los miembros de sus familias, sus amigos, los compañeros de gremio, u otros de semejante condición, y b) la integración de ese comportamiento en asociaciones o agrupaciones orientadas hacia su manifestación, canalización y logro de los efectos de ayuda deseados.

La proliferación y peso del altruismo societario ha producido una situación relativamente nueva y estable en el orden político de las sociedades democráticas. Afirmarlo no es implicar, ni mucho menos, que en su virtud entramos en un nuevo «estado» en la historia de la democracia. (Si tal hiciera, algunos tildarían con prisa a mi análisis de historicismo, progresismo o cualquier otra infamia). Tal situación es demasiado incipiente para permitir predicciones fuertes. En contra de lo que puedan pensar los miembros más utópicos o idealistas de los movimientos y asociaciones altruistas en cuestión, el resultado agregado más probable de sus actividades no será otro que el de una politeya mixta, por decirlo con Aristóteles, o el de una democracia multidimensional.

Una democracia multidimensional es aquella cuyos procesos de representación y participación no se agotan en las instituciones definidas en la constitución —elecciones, partidos, asambleas, grupos de interés— sino que se plasman también en asociaciones cívicas, es decir, voluntarias, altruistas.

La potencia y eficacia de las estructuras jurídicas, burocráticas, económicas y mediáticas de la democracia liberal imposibilitan que el mundo cívico del asociacionismo altruista las suplante. Además, tampoco es deseable tal sustitución. La democracia asociativa es concebible, y no sólo en el reino de la filosofía política, pero sólo como parte de un cuerpo político más amplio y complejo (16). El teatro, magnífico, si huero, en que la panoplia mediática presenta la política pública oscurece la urdimbre

(14) Muchas de ellas se definen, ya para proclamar su independencia del estado y el gobierno, ya para insinuar su naturaleza metapolítica, como O.N.G.'s. Aparte de la pobreza de toda definición negativa —no ser gubernamental afirma poca cosa, sobre todo si se reciben dineros públicos y se depende indirectamente de un ministerio— la expresión es, sencillamente, incorrecta. Cualquier empresa comercial, por ejemplo, es una ONG. También lo es la mafia, o eso es lo que uno creía.

(15) S. Sarasa (1993) y T. Montagut (1994).

(16) Así lo asume P. Hirst (1993), pero acepta los límites a los que se vería sujeta tal democracia asociativa, o *associational democracy*.

del mundo cívico de las asociaciones, sobre todo cuando su alcance es local e intentan resolver situaciones carentes de valor noticiable o político. Pero ese mundo está ahí. Cuenta a pesar de su invisibilidad. Sin él las transformaciones del estado asistencial, las estrategias de los políticos y de sus partidos, las aventuras de la ideología política y la vida diaria de la gente no podrían explicarse ya.

Es por ello por lo que las politeyas democráticas modernas pueden definirse cada vez más según la existencia de tres esferas distintas. Son las formadas, respectivamente, por las «autoridades», las «empresas» y las «asociaciones altruistas». Estas tres esferas no agotan el espacio político pero definen sus diversos campos de acción y determinan en gran manera las normas hoy emergentes del poder así como la distribución de recursos entre los ciudadanos. Dos de ellas son de vastas proporciones, mientras que la tercera es mucho más reducida, aunque crezca hoy notablemente. A pesar de relativo su menor tamaño y menores recursos, su alcance cualitativo y moral es lo suficientemente importante como para permitir el análisis de la estructura pública del modo en que aquí se realiza.

a) Bajo condiciones de hipermodernidad las *autoridades* no son sólo los órganos oficiales, sino que incluyen también un conjunto de entes semipúblicos o paraestatales y de organizaciones supraestatales. Cada cual blande su autoridad, ejerce su poder y goza de su gloria, en una distribución general de la legitimidad. Varias instituciones que no son oficiales, ni forman parte de la administración pública, como son partidos y sindicatos (17), deben incluirse entre las autoridades. Son los representantes políticos de sectores que les votaron pero se atribuyen también la representación de los que se abstuvieron. Juntas, las diversas autoridades, deciden y legislan para sí y para el pueblo. Este sufraga sus gastos de representación política al tiempo que las encumbra. Las autoridades generan las condiciones formales de la gobernación social.

b) Las *empresas* son organizaciones privadas orientadas al lucro. Su modelo es la empresa comercial, pero revisten las más diversas guisas. Rinden cuentas a sus amos o accionistas y sólo por ley, y residualmente, al público en general así como a las autoridades y al fisco. Las empresas, en este sentido específico, incluyen aquellas asociaciones gremiales que dirigen sus mejores esfuerzos al mantenimiento o acrecentamiento del privilegio y a la protección de sus miembros. Algunas de estas empresas gremiales son también autoridades.

c) Las *asociaciones altruistas* son agregados voluntarios de ciudadanos que aúnan esfuerzos con el propósito de resolver un problema social determinado o el de satisfacer alguna necesidad humana más allá de los confines de su propio colectivo.

(17) La inclusión de los sindicatos bien consolidados entre las autoridades no entraña que se excluya de ellas a aquellas organizaciones religiosas o de apariencia alternativa que coparticipan del poder público, como ocurre en Alemania. Sociológicamente no parece correcto acotar la «autoridad» al gobierno, administración y partidos, aunque sea más cómodo y nítido.

Desde el punto de vista de la economía son entes sin afán de lucro. Cumplen estos criterios algunos cuerpos asistenciales, grupos de ayuda mutua, ciertas cooperativas y ciertas fundaciones.

Autoridades, empresas y asociaciones altruistas se entrecruzan en buena medida en casos significativos. También surgen ligámenes de dependencia mutua así como relaciones de poder y subordinación entre ellas. En condiciones de modernidad avanzada, las tres pueden poseer los rasgos específicos de una corporación. Así, aunque por su *ethos* y cultura peculiares las asociaciones cívicas son las menos corporativas, muchas de ellas se encuentran fuertemente corporatizadas y se asemejan, algo más que formalmente, a las empresas. No obstante, el grado de solapamiento, afinidad y semejanza no es suficiente para invalidar la distinción más que analítica entre las tres esferas que, juntas, constituyen la *estructura social pública*. La privada está formada por grupos primordiales, como pueden ser familias y amigos, así como por incontables relaciones personales o colectivas que se formalizan en asociaciones, empresas y organismos. El hecho de que algunas de las últimas, empezando por las mismas asociaciones altruistas, sean «privadas» —sobre todo desde el punto de vista jurídico— no debería obliterar esta crucial distinción. Serán privadas, pero están orientadas hacia los demás. Son *privadamente públicas* (18). Las asociaciones altruistas, como las empresas y las compañías, miran hacia fuera, mientras que amigos, amantes, familias y clanes son, por definición, entidades sociales que miran hacia sí mismas. Pero son también la base sobre la que se establecen potentes redes informales de solidaridad y ayuda mutua, y no sólo en sociedades tradicionales, sino también en las más modernas.

Las tendencias históricas recientes han reforzado la inclinación a consolidar el incipiente orden tripartito de la esfera pública. Así, muchas instituciones altruistas que solían pertenecer a los partidos —organizaciones juveniles, centros caritativos, servicios vecinales, ateneos recreativos o educativos— han sido sustituidos por el aparato asistencial del estado benefactor o, simplemente, han ido languideciendo. Mientras tanto, la ineficacia o incapacidad de los organismos nacionales o internacionales para resolver aquellos problemas sociales angustiosos que caen bajo su jurisdicción explícita ha generado un número muy considerable de iniciativas privadas orienta-

(18) La noción de una institución privada que es también pública presenta algunas dificultades semánticas, pero no es incomprensible. Al contrario, evoca las fronteras borrosas de una sociedad que ya no es binaria. J. K. Galbraith (1994) nos recuerda que si el pensamiento social solía basarse sobre estructuras bilaterales (capitalistas y trabajadores, estado y sociedad civil) ya la cosa no es así en los países industriales avanzados. P. Donati habla de *il privato sociale* para referirse a lo que llamo aquí lo «privado público» (1993, esp. págs. 101-142). Empero, el término «social» adolece de vaguedad, puesto que las esferas políticas y económicas son también sociales. Las dificultades menguan si reconocemos la polisemia que el concepto de lo público posee en ciencia social (Starr, P., 1989). Aquí ni se apela a la titularidad jurídica de las asociaciones ni al carácter «público» de los servicios que ofrecen —en el sentido de la terminología económica— sino a la orientación social de sus acciones.

das a enfrentarse con ellos con mayor humildad y sin la retórica vacua de funcionarios y políticos. Abundan los ejemplos. La Conferencia Mundial de Río sobre la crisis ecológica, de 1992, en la que la palabrería oficial no produjo resultado alguno palpable, es uno de ellos. Otro es la hecatombe de Ruanda en 1994, paliada sobre todo por una masiva intervención de generosidad ciudadana y de asociaciones altruistas. Un tercero, la muy limitada pero espléndida eficacia de Amnistía Internacional en menguar la tortura y el asesinato político, frente a la cínica pasividad de las cancillerías y sus gobiernos. Y así sucesivamente. Para continuar en el ámbito internacional, parece obvio que Médicos Sin Fronteras, Greenpeace, el World Wildlife Fund, Amnistía Internacional, Oxfam, Manos Unidas, junto a todas las demás organizaciones parejas a ellas, forman una esfera de entidades privadas cuyo fin es la intervención pública de ciudadanos privados y movimientos sociales apartidistas.

Todas ellas, además de las que laboran a nivel nacional, regional y local, constituyen juntas lo que algunos han venido en llamar un *tercer sector*. Estaría éste formado esencialmente por voluntarios y sería distinto del estatal, por un lado, y del lucrativo, por otro. En tal «tercer sector» entraría además la creciente actividad económica sin afán de lucro que caracteriza a un buen número de cooperativas o proyectos comunitarios (19). Los recursos e influencia son mucho menores que los del sector oficial con sus ministerios, comunicaciones, transportes, ejércitos y masivas agencias internacionales. Todos éstos, hasta cuando no sufren de esclerosis y ni de obsesivo servicio a sí mismos —cuando son cuerpos parasíticos— dependen para su actividad de órdenes superiores, las cuales, a su vez, deben pasar primero por el fino cedazo de los diversos intereses estatales, ideológicos, gubernamentales y corporativos que han colonizado el cuerpo político.

IV. SERVIDUMBRES DEL ALTRUISMO CIVICO

El mundo de las asociaciones altruistas no posee siempre una noble y eficaz autonomía frente al resto de las fuerzas que gobiernan las politeyas democráticas. No está, ni mucho menos, libre de servidumbres. Así, aunque hoy la sociedad civil sufra una fuerte reestructuración —que se me antoja muy positiva— a causa de su mera presencia, cabe detectar riesgos notables que podrían poner en peligro los efectos benéficos de tales asociaciones. Se trata de efectos que tienen lugar en dos niveles distintos: el de los destinatarios o beneficiarios concretos de la actividad fraterna, por un lado, y los que recibe, de manera difusa, el orden democrático en que ocurren, a

(19) Para una descripción complementaria de los tres sectores cf. P. Donati (1993), pág. 91. Por otra parte es dudoso que el concepto de «tercer sector» tal y como ha sido elaborado por algunas escuelas norteamericanas (B. Gidron et alii, 1992; P. D. Hall, 1992) sirva para cubrir el asociacionismo altruista europeo.

través de la participación de una ciudadanía activa en las asociaciones altruistas. Una asociación que favorezca la muerte digna de los enfermos terminales, por ejemplo, puede lograr que algunos de ellos pongan fin voluntariamente y con todas las garantías jurídicas y médicas necesarias a sus sufrimientos, pero puede también, simultáneamente, mejorar la legislación, los derechos de los ciudadanos y hasta, en ciertos países, la calidad misma de la constitución.

Si los riesgos que acechan al buen curso y progreso de las asociaciones altruistas no se soslayan, o por lo menos, se contienen, el porvenir de la actividad altruista organizada podría ser poco prometedor. Por esa razón conviene identificar aquí algunos de ellos. He elegido los siguientes: el altruismo ideológico, la dependencia estatal, el corporatismo y la coyuntura —sobre todo, la económica— adversa.

a) El *altruismo ideológico*. La complejidad de las politeyas modernas es tal que sus males no pueden resolverse sólo con los recursos del asociacionismo altruista. Es obvio que la productividad y eficiencia de la industria, las instituciones educativas y la investigación y el desarrollo deben ser mantenidos. Las primeras continuarán dependiendo de la empresa privada y las dos últimas continuarán necesitando el fuerte impulso del estado si es que queremos verlas seguir prosperando y beneficiando a la ciudadanía y no a unos pocos (20). Además, las asociaciones voluntarias se hallan inspiradas por diversas ideologías y muchas de ellas poseen una vinculación eclesiástica, confesional o partidista muy clara, cuando no antidemocrática en el caso de los varios fundamentalismos sectarios. El proselitismo puede formar parte de su misma razón de ser. Esto no es, en principio, ni malo ni bueno —depende de cómo enjuiciemos los valores que representan— pero muestra que toda visión de angélico neutralismo con respecto a la militancia altruista está fuera de lugar. En todo caso, estas asociaciones suelen competir pacíficamente entre sí, pero necesitan, a menudo, coordinación y siempre el imperio de la ley. Ciertas tareas no pueden ser puestas en manos de grupos con valores incompatibles con su realización. La degradación del asociacionismo altruista, por ejemplo, en utopismo libertario y espontaneísta por parte de quienes han perdido toda esperanza en el estado, al tiempo que desconfían del todo de la empresa privada, es algo a evitar.

b) La *dependencia estatal*. Abundan las pruebas de que muchas asociaciones cívicas dependen directamente para sus fondos y recursos de la protección de los gobiernos. La estrategia del gobierno ha entrado también en la vida de esas asociaciones. Los ministerios, consejerías autonómicas y concejalías municipales no son inocentes en su distribución de dádivas y subsidios al sector privado altruista. La evasión fiscal, por su parte, ha sido siempre un motivo para la creación de fundaciones y otras instituciones benéficas, algunas de ellas creadas *ad maiorem gloriam* del fundador. El altruismo institucionalizado no es inmune a la manipulación, la influencia y la de-

(20) J. K. Galbraith (1994).

pendencia de la esfera oficial. Pero la relación no es sólo de paternalismo y clientelismo, sino que el estado a menudo espera algo más que sumisión: espera que las asociaciones cívicas le descarguen de tareas que se ve incapaz de realizar y que, según los cánones del estatalismo asistencial, deberían cumplir sin embargo los entes oficiales. Las asociaciones voluntarias se convierten así en suplentes activos de tareas que deberían haber sido realizadas por la autoridad. Es más, en alguna ocasión la apología del asociacionismo altruista y de su independencia de las burocracias públicas puede ser un *alibi* para menguar la responsabilidad pública de enfrentarse con sus responsabilidades. Ello debilita a las propias asociaciones, cuando se ven incapaces de resolver aquello que se proponían. Hay, en fin, razones inconfesadas para que los gobiernos (algunos de ellos socialdemócratas) apoyen iniciativas privadas en lo público: el subsidio estatal puede trocarse en un medio de neutralización de descontento o en herramienta para alimentar el clientelismo político o para obviar controles públicos a los que está sometida la administración estatal. Esto no ocurre sólo dentro de cada país sino también internacionalmente. La domesticación política de las agencias asistenciales —e, indirectamente, de las gentes así ayudadas— es una posibilidad real. En resumen, las asociaciones altruistas no pueden considerarse siempre como los entes totalmente independientes que ellas mismas pretenden ser.

c) *Corporatismo*. Las estructuras corporatistas contemporáneas no quedan confinadas al sector político y al empresarial. Aunque el corporatismo no sea un orden que absorba toda la sociedad, sí es un fenómeno de vasto alcance. Tanto, que sería sorprendente que las asociaciones altruistas quedaran fuera de él, por mucho que el *ethos* de muchas de ellas sea, a no dudarlo, anticorporatista y antiburocrático y, en algunos casos, algo libertario o antioficialista. El hecho es que éstas, para funcionar, se ven obligadas a aceptar las reglas del juego prevalecientes en toda sociedad tecnocrática, poliárquica y pluralista. Son reglas, por lo general, asaz corporativistas, y por lo tanto centradas en negociaciones, complementaridades, jerarquías plurales y respeto mutuo entre organizaciones diversas. Aunque no exista una «ley férrea de la corporatización» que ataña a las asociaciones cívicas o altruistas, conviene recordar que sí hay una fuerte tendencia muy generalizada a funcionar dentro de las normas que dominan el ámbito corporativo que abarca hoy a casi todas las organizaciones. Las presiones para que el logro de los objetivos se alcance *more corporativo* soy muy poderosas. Las asociaciones altruistas constituidas en instituciones sólidas no escapan a las virtudes y servidumbres que el orden corporativo entraña.

d) *La coyuntura adversa*, económica, técnica y política, y más principalmente, la primera. Tal coyuntura puede «engendrar altruismo», como acontece con una situación de fuerte desempleo, que incentive a muchos a realizar actividades no remuneradas pero que sean percibidas como constructivas. Mas, precisamente por la misma razón, la inestabilidad coyuntural puede hacer que ese mismo altruismo sea esencialmente precario. En efecto, podría darse —y ello merece una indagación empírica ambiciosa— que la proliferación y auge de las asociaciones altruistas tenga una estrecha relación con la caí-

da sustancial del empleo en los países prósperos. La creación de una sección notable de la población potencialmente activa y deseosa de serlo que no halla ocupación fija no tiene por qué resultar exclusivamente en desazones anímicas —neurosis, melancolías— o en diversos modos de delincuencia, marginación y agresión al mundo «respectable» o al que mora dentro de la ley. Puede también servir de acicate a muchas gentes de varias clases sociales para participar en actividades no remuneradas (o remuneradas con evitación de lucro) que les devuelvan la dignidad dentro de una cultura en la que el trabajo posee un valor muy alto y la holganza un estigma muy pronunciado (21). En tal caso se produciría una notable fluctuación concomitante entre paro, o labores precarias, y actividades altruistas. El auge de éstas dependería en buena medida de la disponibilidad de personas no absorbidas por el mercado de trabajo. La suposición de que existe una relación causal entre este mercado y la actividad altruista cívica no parece descabellada, aunque sí lo sería suponer que el altruismo societario tiene una sola causa, la de una coyuntura económica que conduzca a la desocupación.

Tal vez basten estos cuatro ejemplos para ilustrar los factores que ponen límites al altruismo cívico. (De ellos, el último, el de la coyuntura, sobre todo la económica, es ambivalente, pues de ella depende que se fomente o se amortigüe su desarrollo). Otros podrían añadirse, empezando por el de la cultura mediática que tergiversa la actividad altruista, ya convirtiéndola en espectáculo ya seleccionando sus focos de atención, como pueda ser un desastre natural o un genocidio, si se considera que son televisivos. Con su introducción se matizaría más satisfactoriamente el verdadero alcance del altruismo societario en nuestro mundo.

V. A MODO DE CONCLUSION

Reflexiones realistas como las precedentes llevan hacia una visión sobria del potencial que puedan esconder las asociaciones altruistas como baluartes de la democracia. Empero, una vez tomados en cuenta defectos y carencias, nos encontramos con que hay pocas razones para pensar que ni unos ni otros sean siempre y necesariamente insuperables. Los fallos y límites de las asociaciones cívicas solidarias no bastan para destruir nuestra confianza en una concepción nueva de la democracia. Como mínimo la reestructuración actual de la politeya y de la sociedad civil que se produce merced a su presencia no las ha hecho más recalcitrantes a la superación de los dilemas endémicos de la democracia, con cuya referencia abrí estas reflexiones.

En algún sentido, podría ser que la nueva situación fuera más favorable a la democracia que la precedente (22). En la anterior, además de los dilemas y aporías se-

(21) S. GINER, *El trabajo domado*, págs. 155-160 (1987).

(22) J. E. Rodríguez Ibáñez (1995) opina que las asociaciones altruistas (ONGs) «han demostrado con la práctica que pueden erigirse en plataformas para las nuevas demandas democráticas» y que «no son

ñalados al principio, la democracia se movía pendularmente entre la participación (de los pocos) y la apatía y abstención (de los muchos), o entre una clase dirigente y una ciudadanía degradada en masa. La teoría política ni siquiera contemplaba la posibilidad de que existiera un altruismo societario lo suficientemente intenso como para que pudiéramos atisbar una escapatoria (relativa, pero significativa) de esa polaridad: en consecuencia, la sociedad era vista como una «sociedad masa» vulnerable y manipulada (23).

Si, como he ido indicando, constatamos que la participación activa en asociaciones cívicas o altruistas *es también* participación en la politeya, la conclusión parece bastante clara. El hombre moderno (perdóneseme aquí la abstracción) podrá ser a menudo políticamente apático y abstenerse de votar o de afiliarse a partidos o sindicatos, pero hoy esa aparente apatía no impide que muchos ciudadanos participen en actividades «privadas» en la esfera pública que tienen repercusiones cruciales para el bienestar, la dignidad o hasta la supervivencia de los desvalidos o de los menos privilegiados y, por lo tanto, para el bien común. Tales actividades mejoran la calidad de la democracia cuando ésta se entiende no sólo como orden de representación en asambleas y gobiernos sino también como orden de participación en lo público, en nuestra vida e interés comunes (24).

Desde un punto de vista estrictamente tradicional las asociaciones altruistas pueden entenderse sólo como medios de participación política indirecta a través de presiones sobre las autoridades. Por definición, en una democracia pluralista no pueden integrarse en la esfera oficial. Prueba de ello sería que sólo los regímenes totalitarios han intentado cuadrar el círculo de su absorción en el ámbito político, con los consabidos resultados: en ellos, sindicatos, organizaciones juveniles, asociaciones vecinales y toda suerte de entidades cívicas carecen de la más mínima autonomía, se truecan en juguetes del omnímodo poder del leviatán. Un leviatán que no es el estado sino el aparato político único que lo coloniza. De ahí la desconfianza con la que los demócratas contemplan la excesiva dependencia del voluntariado y sus asociaciones de los gobiernos u otros patrocinadores oficiales. En el mejor de los casos una integración política de los cuerpos altruistas en la estructura política oficial significaría algo así como una suerte de *fascisme à visage humain*. Ningún demócrata en sus cabales podría aceptar un cámara política oficial o paraoficial de asociaciones voluntarias.

Esclarecer las temibles implicaciones de cualquier oficialización de las asociaciones voluntarias es una cosa. Otra, empero, es aceptar que poseen un peso político

otra cosa que la superficie... de la integración y vertebración de una sociedad... rompiendo las limitaciones que impone en la actualidad el debilitamiento del Estado de Bienestar». Ve en ellas «el camino de recuperación económica y moral que potenciaría mejor la vocación universal y global de las sociedades occidentales» (págs. 55-56).

(23) Cf. G. di Palma (1970), como ejemplo. Cf. S. Giner (1979).

(24) Sobre bien e interés común, C. Camps y S. Giner (1992).

indudable en la vida de las nuevas democracias pluralistas. En efecto, las asociaciones altruistas entrañan un modo de representación indirecta a través de demandas, presiones y exigencias sobre el poder. Y entrañan también un modo de participación en los asuntos públicos a través de medios esencialmente distintos a los electorales, o a los del clientelismo y los servicios prestados a los aparatos políticos, por un lado, o a la participación que pueda obtenerse a través de la prensa y la opinión pública, por otro. La pertenencia y actividad en una asociación voluntaria cívica es un modo práctico de superar en buena medida las carencias y contradicciones de la democracia y en especial su fallo más grave, el abismo que abre sus fauces entre la clase autoelegida de los políticos profesionales y el pueblo llano. El altruismo societario, en su riqueza, diversidad y topografía irregular y de diverso alcance representa un enriquecimiento del poder: aumenta su distribución y su dispersión por todo el ámbito social y por lo tanto socava su concentración clasista, monopolista u oligopolista. Es un antídoto relativo contra nuevas formas de *hybris* política: su mera existencia se produce contra el poder del demagogo mediático o el príncipe electo sumido en su cinismo. Las asociaciones cívicas son una forma de participación política democrática por otros medios.

Más allá del reino de lo político, hay una profunda afinidad electiva entre las asociaciones altruistas y el actual retorno a lo comunitario. Como es un retorno moralmente ambivalente, conviene recordar que tales asociaciones son esencialmente diferentes del neotribalismo, con tanta frecuencia sórdido y hasta peligroso, que ha surgido en muchas sociedades modernas. Se trata de un neotribalismo egoísta, agresivo, y afirmador de la diferencia merced al prejuicio, la xenofobia y el atolondramiento clánico. (Un tribalismo de nuevo cuño cantado, cómo no, por algunos filósofos olvidadizos, en nombre de una abstracta y pedestre noción de «diferencia» a la que se ensalza como si todo universalismo fuera totalitario, homogeneizador y dogmático, lo cual es manifiestamente falso). Hecha esta crucial salvedad es bueno reconocer que las asociaciones cívicas y las altruistas poseen algunos componentes comunitarios esenciales. Recuperan y establecen ligámenes primordiales tanto entre sus miembros como entre éstos y las gentes con las que trabajan o a las que ayudan. Su comunitarismo convivencial no es extraño a la modernidad avanzada, como han supuesto algunas concepciones que la presentan como un universo entera y simplemente anónimo y homogeneizado. Al contrario, es connatural a ella, como ha podido comprobarse finalmente tras el debilitamiento de los vastos movimientos sociales e ideologías que en su día la caracterizaron y que también intentaron satisfacer necesidades primordiales comunitarias. El nuevo comunitarismo ha retenido mucho de lo que inspiró a algunos de esos movimientos: la ética del socialismo democrático, por ejemplo, puede sentirse latir en el seno de muchas asociaciones altruistas de hoy. Tal vez al perder algo de su providencialismo y fervor ideológico ese socialismo, metamorfoseado en las nuevas formas de la fraternidad, se habrá enriquecido con una mayor efectividad y realismo.

Sin mudanzas como las aquí reseñadas la democracia contemporánea hubiera topado con su techo de posibilidades tiempo ha. A lo sumo podría haber mejorado algo en algunos países. Hoy, de momento, no hay indicios de que, por sí sola, pueda hacerse mejor. Por su parte, la empresa privada no puede encontrar salida fuera de sus objetivos esenciales: se halla firmemente uncida a su lógica de lucro, productividad y mercado. Ni una ni otra esfera pueden ya dar más de sí, ni enmendarse sustancialmente.

La conclusión que querría alcanzar con las presentes razones es que un modo sugestivo de mejorar esta situación es equilibrar tanto la política democrática y la empresa industrial o mercantil con la reformulación del altruismo, la solidaridad y la fraternidad a través de la actividad voluntaria de la ciudadanía. Esta supera la vieja noción de lo privado según la cual se identifica, ya con la privacidad y la vida privada, ya con los intereses de un negocio o de una vida dirigida al lucro y al acopio de bienes, privilegios y distinciones individuales. Estas dos dimensiones clásicas de lo privado son legítimas: forman parte esencial de una civilización, la liberal, erigida sobre ellas. Pero no agotan las posibilidades de la mente y talante privados.

Lo interesante es que los modos tradicionales de lo privado —bien el logro individualista y competitivo, conseguido en la liza del mercado laboral, corporativo y honorífico, bien el logro del dominio íntimo y la búsqueda solitaria de plenitudes— no son incompatibles con un tercer modo expresivo, el que se vuelca hacia lo público sin socavar el albedrío del ciudadano ni convertirlo en un *homo politicus* profesional. Sólo cabe esperar que el auge de esta nueva —aunque vieja y perenne— expresividad no sea una corriente coyuntural y sí en cambio un síntoma serio de una mayor descentralización política, económica y cultural de las sociedades avanzadas, una manifestación de un enriquecimiento serio de la politeya democrática. El fracaso del movimiento hacia una presencia potente del altruismo y la solidaridad ciudadana en el ámbito de lo público, claro está, siempre podría ocurrir. Mas si fuera así, constituiría un revés difícil de reparar para la democracia tardomoderna.

El refuerzo y la expansión del asociacionismo cívico permiten que las gentes participen en el reino de lo público sin comprometer su voluntad privada. Es una participación que alcanza los tres niveles que ese reino posee, a saber: el estatal, el político (partidista, sindical y de interés organizado) y el de la plaza pública (o esfera pública). Su imbricación con cada nivel es, claro está, diferente en cada caso. Esa participación fomenta, como consecuencia inmediata e indirecta, las otras dos virtudes de la politeya democrática, la libertad y la igualdad. La participación cívica significa libertad de acción, para cualquiera que desee entrar en ella, y una reducción de la desigualdad para quienes reciben los beneficios así como para quienes la practican. Además, sus resultados son inmediatamente visibles: producen satisfacción entre quienes dan y quienes reciben, aunque en muchos casos esta dicotomía, afortunadamente, no sea válida, porque predomina la actividad común. Ello significa que el asociacionismo altruista satisface los requisitos más estrictos de una ciudadanía activa. Articula e integra a la ciudadanía dentro del cuerpo político por medios distintos a los de la urna

electoral, la manifestación en la plaza pública y los ruegos a los gobernantes. No existe hoy mejor expresión de la ciudadanía genuina que la participación voluntaria de las gentes en el reino de lo público por medio de la acción social altruista.

BIBLIOGRAFIA

- ARBÓS, X., y GINER, S.: *La gobernabilidad: ciudadanía y democracia en la encrucijada mundial*. Madrid: Siglo XXI, 1993.
- ASCOLI, U.: «L'azione volontaria nei sistemi di welfare», y «Nuovi scenari per le politiche sociali degli anni 90: uno spazio stabile per l'azione volontaria?», *Polis*, núm. 3, págs. 429-436, y págs. 507-533, 1992.
- BARBER, B.: *Strong Democracy: Participatory Politics for a New Age*. University of California Press, 1984.
- BURNHEIM, J.: *Is Democracy Possible?* Los Angeles: University of California Press, 1985.
- DIÁZ, E.: *De la maldad estatal y la soberanía popular*. Madrid: Debate, 1984.
- DIÁZ, E.: *Ética contra política: los intelectuales y el poder*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1990.
- DOMENECH, A.: «Y fraternidad», *Isegoría*, núm. 7, págs. 49-78, 1993.
- DONATI, P.: *La cittadinanza societaria*. Bari: Laterza, 1993.
- DONOLO, C.: *Il sogno del buon governo: Apologia del regime democratico* Milán: Anabasi, 1992.
- FUNES, M. J.: «La dimensión social del altruismo», *Sociedad y Utopía*, núm. 4, septiembre, págs. 191-204, 1994.
- FUNES, M. J.: «Las organizaciones voluntarias en el proceso de construcción de la sociedad civil», *Sistema*, núm. 117, págs. 55-70, 1993.
- GIDRON, B.; KRAMER, R. M., y SALAMON, L. M.: *Government and the Third Sector*. San Francisco: I.B. Publishers, 1992.
- GINER, S.: *Sociedad Masa*. Barcelona: Península (1.ª ed. en inglés, 1975), 1979.
- GINER, S.: *Ensayos civiles*. Barcelona: Península, 1987.
- GINER, S.: «Civil Society and its Future», J. A. Hall, comp., *Civil Society*. Cambridge: Polity, pp. 301-325, 1995.
- GINER, S., y PÉREZ YRUELA, M.: «La manufactura del carisma», en C. Castilla del Pino (comp.), *Teoría del personaje*. Madrid: Alianza, págs. 39-60, 1989.
- GOODWIN, B.: *Justice by Lottery*. Hemel Hempstead: Simon & Schuster, 1992.
- GRAY, J.: *Post-liberalism*. Londres: Routledge, 1993.
- FIRST, P.: «Associational Democracy», en D. Held (comp.), *Prospects for Democracy*. Cambridge: Polity Press, 1993.
- HALL, P. D.: *Inventing the Nonprofit Sector*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1992.
- MONGARDINI, C.: *Il futuro della politica*. Milán: Franco Angeli, 1990.
- MONTAGUT, T.: *Democràcia i serveis socials*. Barcelona: Hacer, 1994.
- NAGEL, T.: *The possibility of Altruism*. Oxford University Press, 1970.
- PALMA, G. DI: *Apathy and Participation: Mass Politics in Western Societies*. Nueva York: Free Press, 1970.
- PAUL, E. F.; MILLER, F. D., et al.: *Benevolence, Philanthropy and the Public Good*. Oxford: Blackwell, 1987.
- POGGI, G.: *The Development of the Modern State*. Londres: Hutchinson, 1978.
- RODRÍGUEZ IBÁÑEZ, J. E.: «Entre el "posconvencionalismo" transnacional y el "neotradicionalismo" integrista: las sinuosidades de la identidad social tardomoderna», *Sistema*, marzo, núm. 125, págs. 45-57, 1995.
- RUBIO CARRACEDO, J.: «El paradigma ético: justicia, solidaridad y autonomía», *Philosophica malacitana*, vol. VII, págs. 127-146, 1994.
- SARASA, S.: *El servicio de lo social*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales, 1993.
- SCHMITT, C.: *Der Begriff des Politischen*. Berlín, 1963.
- TOMAI, B. (comp.): *Assoziazionismo, volontariato e nuova cittadinanza sociale*. Milán: CENS, 1991.